

GENTE VIEJA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

La información de GENTE VIEJA

Profunda pena embarga mi ánimo al verme obligado á hacer la información de esta decena: un triste acontecimiento es la causa.....: un triste acontecimiento que sobrepuja á todos los que pudieran figurar en ella..... ¡Vico ha muerto!.... ¡El arte está de luto!.... El panteón de lo pasado cuenta con una ilustre sombra más; el presente, árido y nebuloso, con un fulgor de gloria menos.

Sin que ninguna aurora despunte, ha abierto sus puertas el siglo XX: mirando á través de ellas, sólo nebruras se perciben.....; no parece que se entra en el "adelante" de nueva vida, sino en el más allá del sepulcro; no parece que se camina hacia el Oriente, sino hacia el Occidente.....; tras de opacas nubes hundiéndose el sol del siglo XIX....., nubes aún más espesas se oponen á que luzca el primer rayo de sol del nuevo siglo.

Vico ha muerto en el mar, sólo y tocando extranjera playa..... ¡Ha muerto como la gloria de España, ante su enemigo, sin apoyo y sobre las olas.....; con él, *Guzmán el Bueno*, *Marsilla*, el *Rey Don Pedro* el *Cid Rodrigo*..... han perdido su representación genuina.....; la vida que él les prestaba ha desaparecido con su vida; ya no se alzarán potentes al mágico conjuro de su genio..... ¡No es sólo el cadáver de Vico el que se ha hundido en la fosa!

¡Qué desastre para el arte escénico! ¡Qué amargura para los que aún esperábamos que empuñando el timón de su nave, próxima al naufragio, la guiara por los derroteros de la inspiración y del gusto.....; ya no hay esperanza.....; con él, los últimos ecos de lo que la escena española fué, se han extinguido.....; el último eslabón de la cadena se ha roto.....; la última luz se ha apagado.....; el arte en su camino no encontrará más que sepulcros.

Hijo de actores, educado en el teatro, teniendo á Valero por maestro, el genio de Vico se educó en un ambiente de aplausos y de gloria que fué la base de su incomparable maestría; sus primeros papeles (me lo ha referido él mismo) fueron el paje de *Isabel la Católica*, el *Cid Rodrigo de Vivar* (como Ricardo Calvo), el alférez de marina de *Amor de madre*..... ¡En todos ellos arrebatada! El cielo le había dotado de una figura arrogante y esbelta; de una belleza que, sin dejar de ser varonil, cuadraba á esos papeles de adolescente; de una voz admirable que á fuerza del continuo y prolongado trabajo (comenzó con su padre allá por el año 1856, es decir, á los diez y seis años) había perdido gran parte de su flexibilidad y de su frescura, y sobre todo, de una sensibilidad que inconscientemente y de un modo súbito y repentino le hacía identificarse con el personaje que representaba y lanzar una frase, un grito que electrificaba al espectador.

Los amantes de Teruel fué uno de sus primeros triunfos; trabajaba en la Compañía de Valero: resintióse éste de la llaga de la garganta, que desde el año 56 padecía, y Vico pasó de hacer el D. Rodrigo de Azagra á interpretar el Marsilla (no puedo precisar si esto fué en Barcelona, porque lo sé por referencia); lo que sí sé es que su éxito llegó al pínaculo, y hay que advertir que Valero fué el intérprete más grande que *Los amantes de Teruel* han tenido. Valero, que también tenía la conciencia de su propio mérito, pero que era el actor más ge-

neroso que ha pisado las tablas, en vez de sentir celos le abrazó entusiasmado y le pronosticó que sería su sucesor en la escena.

¡No tardó muchos años en serlo!

En 1866 le contrató ya Carolina Civilí de primer actor para el Teatro Principal de Valencia; Carolina Civilí y él formaban una hermosa pareja; ella tenía veintiocho años, él veintiseis; Carolina Civilí, que acababa de aprender el castellano y de presentarse al público como actriz española en el teatro de Variedades, ceñía su repertorio á *Los amantes de Teruel*, *Sofronía*, *La dama de las camelias*, *La hija del Almogávar*, *La locura de amor* y *Doña Leonor Pimentel*, en la que rayaba á inmensa altura. ¡Vico la eclipsó! En *Los amantes de Teruel* la escena del cuarto acto era para Vico una ovación continua; no sólo arrancaba los mismos aplausos de Valero, salvo el de

"Ya lo sé..... llegué tarde..... vi la dicha, tendí las manos y..... ¡voló al tocarla!

sino que en el monólogo siguiente:

¡Gran Dios! Ella lo dice..... con furor me lo dijo..... ¡No me engaña! Ya no hay amor allí..... mortal veneno su boca me arrojó, que al fondo pasa de mi seno infeliz y una por una rompe, rompe, me rompe las entrañas.....

Yo con ella, por ella, para ella viví; sin ella, sin su amor, me falta aire que respirar..... ¡Era amor suyo el aire que mi pecho respiraba! Me lo negó..... me lo quitó..... me ahogó..... ¡Ya no puedo vivir!....

al llegar al "rompe, rompe, me rompe las entrañas", Vico se reveló como el gran actor que en *La muerte civil* y en *Vida alegre y muerte triste* y en *La muerte en los labios* sorprendía la realidad y llenaba de angustia y asombro el corazón del público; en el Armando de *La dama de las camelias* arrancaba, durante el último acto, aplausos frenéticos, tanto más extraños cuanto que su papel era relativamente de escasa importancia y Carolina Civilí estaba tan maravillosa, que, repitiendo la frase de un autor modernista, se sentía en el teatro el olor de la calentura.

Pero donde su triunfo rayó más alto fué en *Doña Leonor Pimentel*: Carolina había alcanzado en este drama unó de sus mayores éxitos: escrito expresamente para ella, ensayado por su autor (el de este artículo) y por el padre de Pepe Máiquez, hermano del antiguo gran trágico, unía los arranques de la escuela trágica italiana á las más delicadas inflexiones del arte romántico; Carolina Civilí tenía una figura escultural; poseía una voz privilegiada y extensísima; sus actitudes, su acción, estaban tan ajustadas al arte, que pudieran haber servido de modelo á un pintor clásico..... era además la protagonista de la obra, el papel de Vico tenía más de odioso que de simpático: representaba un miserable que se había unido á Doña Leonor por el interés, alejando á su rival y bajo juramento de no ser esposo de ella más que en el nombre..... pero vencido luego por los encantos de su víctima y enamorado de ella perdidamente, quería lograr su amor y su posesión, todo á un tiempo; sus derechos de esposo le amparaban, y cuando pintándola sus torturas ella le respondía:

¡Desdichada de mí! ¡Después que impío hollasteis mi albedrío osáis hablar de amor.....? ¿Y aun en mi pecho, tumba de un corazón pedazos hecho queréis hallar el que, por muerto invoco? ¡Oh! No hay duda, estáis loco.....

Vico, con una expresión que no es dable relatar, con una gradación de voz que parecía la de un torrente que avanza vertiginoso, contestaba:

¡Estoy loco! Sí, sí, loco de amores, de desesperación..... y cuando á solas del mar hirviente de mi afán satánico siento bullir las encrespadas olas, vuestro enojo resuena en el fondo del pecho dolorido y con bárbaro acento me condena; y por desprecio tal enardecido en hórrido clamor mis ansias vierto, y se pierde mi voz, como el rugido del salvaje león que corre herido por la abrasada arena del desierto!

Los bravos atronaban el teatro Principal de Valencia, y durante largos segundos la representación se interrumpía..... No quiero detenerme más; los que hayan conocido á Vico comprenderán, cómo diría esos versos á los veintiséis años de edad¹ y en la plenitud de sus facultades.

Poco tiempo después y sentada con sus triunfos en provincias su reputación y su valía, vino al Circo de Paul, donde hizo una hermosa campaña, estrenando *Las quintas*, de Francisco Pérez Echevarría, y desenterrando *Los amantes de Teruel* y el *Guzmán el Bueno*, que desde los tiempos de Valero y Delgado habían desaparecido de la escena; pasó luego al Teatro de la Alhambra, y allí tuvo la suerte de tropezar con Zapata, con el ilustre Zapata, que había traído desde Zaragoza á Madrid el genio aragonés encarnado en su gran Justicia Lanuza. ¡Qué memorable noche la del estreno de *La Capilla*! ¡Qué ejecución la de Vico y Parreño! ¡Que frenesí! ¡Que ensordecedores aplausos! Desde que Vico con acento inimitable decía:

Si el claro disco solar deslumbra con sus fulgores, ¿cómo es posible mirar á doña Isabel de Aznar sin abrasarse de amores?

cada admirable quintilla era una tempestad; cada concepto un grito de admiración.

Al resplandor de la llama el grupo inmóvil se advierte..... —Por aquí, Don Juan— exclama una voz— ¡Sigo aquel drama, y doy al fin con la muerte!

El maravilloso rasgo final de la quintilla enloqueció al público..... Vico crecía por momentos, y al oír el pregón que condena á muerte á Lanuza gritaba:

Yo traidor..... ¡Virgen santa! ¡El traidor es el rey que sobre el pueblo pone atrevido su maldita planta!

La transición hecha por Vico entre el primer verso y los dos últimos, no hay palabras con que describirla.

Todos estos éxitos llevaron al Teatro de Apolo á Vico. ¡Era indudablemente el primer actor de España! ¡Era un genio en la declamación, que necesitaba un genio que como autor dramático se penetrara con él!

Este genio fué Echevaray. En el puño de la espada proporcionó á Vico uno de sus mayores laureles; la frase

Por asalto como tú

no ha tenido rival en el teatro..... Fué á modo de

¹ Puedo relatar todo esto porque fui á Valencia á dirigir mi obra y desde entonces databa mi amistad con Vico..... ¡Pobre Antonio!



una siempre viva para Echegaray y una corona de laurel para Vico. A la temporada siguiente, en el Español, *O locura ó santidad* volvió á sancionar su gloria.... ¡Ah!, si ese drama asombroso no estuviera en prosa, mi memoria recordaría á la presente generación las frases admirables de Echegaray que los labios de Vico esculpieron en el corazón del público; pero, ¡qué hacer!.... ¡La prosa es lluvia que se filtra; el verso es arroyo que, fecundando, permanece! En *El nudo gordiano* y *La Pasionaria* coronó de laureles al gran Sellés y al profundísimo Cano.... En *La muerte en los labios*, esa obra inmortal, que nunca encomiaré bastante, el genio de Vico empalideció el de aquel otro genio que se llamaba Rafael Calvo. ¡Pobres amigos míos!, el primero, de mi juventud; el segundo, de mi infancia. ¡Ambos tan grandes y ambos tan desgraciados!.... ¡Pero también lo soy yo; también lo soy, porque os he perdido, porque no he podido acompañaros en el camino de la gloria; porque he quedado aquí para llorar la vuestra y ver la mía agostada en flor; porque si á ti, Rafael, te vi morir prematuramente, y á ti, Antonio, te despedí para que fueses en la edad proveya á buscar un bienestar para tu familia en tierras lejanas, yo me quedé para arrostrar el olvido, el desdén, la injusticia, que al amigo de vuestro corazón, al que en *Doña Leonor Pimentel* y en *La realidad del honor* tomó una mínima parte en vuestro renombre, persigue implacable, como si no tuviera siempre algo de sagrado la sien del que una vez, una tan sólo, ha recibido el beso de la inspiración y del arte.

¡Antonio, has muerto lejos de España; pero has muerto trabajando y cumpliendo con tu deber!.... Satisfacción será ésta para los tuyos que hará menos amargo el llanto que brote de sus ojos.... Mañana tu cadáver volverá á la Patria.... ¡Parecerá que el mar lo ha devuelto! Aquellas playas tienen algo de siniestro para el nombre español; no nos envían más que víctimas.... Tu familia bañará con sus lágrimas tu cadáver.... Tu patria también.... De los que la gobiernan no respondo.... Tal vez la aurora sombria, pero al fin aurora, de un Rey niño tienda sobre los tuyos manto consolador.... Es su deber; pero aquí todo, menos el deber, se cumple.... Esto me serviría de alivio: el que ve enjugar llanto ajeno, esperanza siente nacer de que ha de enjugarse el propio; no hay alma honrada que ante la justicia hecha no se complazca y regocije.... ¡En Dios espero que te hará justicia esa generación que te arrojó á las olas!

MANUEL VALCÁRCEL.

En el álbum de la Infanta María Teresa.

Si hubieras nacido flor,
fuera la humilde violeta,
por que en ti adora el poeta
la humildad con el candor;
si en la choza de un pastor,
el ángel de la cabaña;
si en medio de una montaña,
la tórtola que embelesa:
pero has nacido Princesa
y eres lo mejor de España.

ANTONIO GRILO.

Probando unas pistolas....

"... ¡Qué bizarro
está en las leyes del duelo!"
(Comedia antigua.)

"Art. 440. El que matare en
duelo.... será castigado con
la pena de prisión mayor."
(Código penal vigente.)

C'est à prendre ou à laisser, que dicen los franceses. Escogan ustedes entre la bizarría del siglo XVII ó el escueto artículo del Código penal. Desde luego que no eran estas leyes (el art. 440) las aludidas en la comedia citada; pero ha habido tantos *casos* estos días pasados, que yo he llegado á dudar si habríamos vuelto á los tiempos de capa

y espada. No crean ustedes, por supuesto, que me refiero á los duelos y quebrantos que cenaba D. Quijote los sábados, ni á esos otros duelos que se despedían antiguamente en la casa mortuoria, después en la iglesia, y ahora.... en Pardiñas, con asombro de los manes del bizarro General, que no sospechó nunca semejante honor; ni á esos otros duelos que disminuyen con el pan....; me refiero á esa farsa que todavía subsiste de *probar unas pistolas*, de *ensayar unos sables*, etc., con que la prensa suele dar cuenta de que se ha cometido un delito, y todos tragamos la píldora; como la de esos anuncios que, empezando por hablar de una *interview* con el propio Guillermo II...., acaban por anunciar un exquisito moscatel. Tan ridículo es un anuncio como otro, y me parece mucho más noble y leal el *modo* del siglo XVII, en aquellos duelos de: "Con quien vengo, vengo", "El Caballero", y tantos otros en que no había más sino un: "Junto á la ermita de San Blas"...., ó: "tras de los Recoletos.... os espero."

Hoy, ¡válgame Dios!, hoy, aunque no se dice así, es cuando hay que estar *bizarro* en las leyes del duelo; es decir, en las leyes no, porque son bien sencillas, y en su cualidad de abogados las conocen todos los españoles; sino en esa otra gerigonza que se traen los padrinos, que no parece, por lo que trabajan, sino que les ha encomendado el propio Sagasta redactar el proyecto ese de circulación bancófoba: "Que si uno está descalificado".... Vamos, como en las carreras de caballos: "Que si no hubo intención de decir lo que se dijo", con lo cual se queda el otro tan conforme como si se pudiesen decir cosas, sin intención de decir las, á no probarse antes que estaba loco el que las dijo: "Que siempre estuvo cubierta la línea de fuego", como si se tratase, por dos disparos, de una batalla de Magers-Fontein.

Y todo esto se dice y se hace por sostener una ficción, por no tener la franqueza ni el arresto de los caballeros de la corte de los Felipes. Se quiere quedar bien ante las preocupaciones sociales; se teme al mismo tiempo el *pinchazo* ó el *cartuchito* del adversario, y se discute y se aquilata la cuestión para redactar un acta que venga á hacer juego, por lo que tiene de convencionalismo, con los anuncios de la prensa. Yo no digo que esto pase siempre, ni me refiero á nadie al decirlo. ¡Libreme Dios! Bastaría lo que digo para que cualquiera duelista intentase repetir conmigo la suerte, aunque sería en vano. El caso es que todos estamos convencidos de que eso del duelo es una barbaridad, de que es preciso que concluya....; pero sucede con esto lo que D. Juan Ruiz de Alarcón dice que sucedía en su tiempo con los cuellos; que todo el mundo renegaba de ellos:

"Yo sé quien tuvo ocasión
de gozar su dama bella,
y no osó llegarle á ella
por no ajar un cangilón."

Y aunque todo el mundo deseaba la desaparición de los cuellos:

".... Todos dicen que se holgaran,
y nadie comienza el uso."

Pues lo mismo sucede en este caso. Desde Azcárate á Necedal, todos hemos convenido en que eso de matarse, con todas las de la ley, es una barbaridad, mas nadie *comienza el uso*; y por mi parte encuentro poco eficaces los remedios que Schopenhauer y Humbugman han sugerido al ilustre Cavia. Si todos los duelos concluyesen precisamente en Fornos ó en Lhardy, se podría dejar pasar la cosa, por aquello que cita de Shakespeare: *All's well, that ends well*; pero desgraciadamente hemos conocido finales muy lamentables de esta conservada barbarie.

Y ni los azotes en la plaza pública, ni las bandadas, que algunos llevarían con gusto, con tal de tener una condecoración, servirían de gran cosa, y ambas parecen inspiradas por el propio rubio licor del Rhin. Y no crea el ilustre escritor que se levantasen la tapa de los sesos muchos de los condenados por tan poca cosa; todo sería acostumbrarse, como Sancho á tener por fiadoras á sus propias posaderas. Realmente no hay sanción para semejante tontería. Cuentan que á Gustavo Adolfo le suplicaron dos de sus Generales que les permitiese batirse en duelo.—"Muy bien—les respondió el Rey;—con dos condiciones: que sea á muerte y

que el verdugo corte después la cabeza del que de vosotros sobreviva." Muchos Concilios, pero especialmente el de Trento (Ses. 25, cap. 19), han condenado el duelo hasta con excomunión; y cuando la Iglesia, en sus tiempos de mayor influencia, no ha conseguido acabar con esta barbarie, no es de esperar que concluya en el Parlamento español por un discurso de Sagasta.

Yo encuentro mucho más eficaz el cambio absoluto en la forma de llevarse á cabo; y no conozco nada mejor ni más práctico que lo que se cuenta de un pacífico boticario. Desafiado por un matón, pidió y obtuvo la elección de armas: entró en su laboratorio, como que iba á disponer una receta, acompañado del adversario y padrinos, y sin hablar palabra tomó dos botes de cristal, que les enseñó; en uno decía: Bicloruro de mercurio; y en el otro: Bicarbonato de sosa. Hizo de cada uno una píldorita, con *escipiente idóneo*, como ellos dicen, las puso en dos cajas iguales, las agitó...., y ofreció ambas á su adversario.... para que escogiese.

Es la manera de que no se mate nadie; las sales de mercurio, como diría Rodríguez Mourelo, son bastante eficaces, más que las pistolitas y las espadas francesas, y sobre todo se pueden tomar en casa, y.... no hay necesidad de salir á probarlas.... á cualquier quinta de Carabanchel.

Y conste, por si algún duelista se enfada conmigo y me envía los padrinos, que yo *comienzo el uso*; que no acepto ni terreno, ni acta, ni aun la preparación farmacéutica. Entre otras razones, porque me he propuesto morir.... sin tomar nada de botica!

FÉLIX DÍAZ GALLO.

VIVIR HABEMOS

(ANACREÓNTICA)

Basta de afán y estudios;
hoy ríndeme el cansancio;
y solaz y expansiones
hallar anhelo en cambio.

Para gozar nacimos
de Natura al halago.
Si así no fuese, ¿cómo
hacer bueno al Trabajo?

Hay en el *Kempis* odio
al mundo y ser humano;
doctrina religiosa
de locos y misántropos.

¿Por qué esas tenebrecas?
¿Es el vivir pecado?...
¡Oh clásicas edades
de fiesta y sol, yo os amo!

Vuestros myths seducen;
me admiran vuestros sabios,
y rindo culto al Arte
que hizo prodigios tantos:

Sois Salud y Alegría
en chozas y palacios,
el Genio, la Belleza,
la Lucha y el Descanso:

Apolo, dios de dioses,
fertiliza los campos
y adorna las ideas
con laureles y nardos....

Llenad, llenad mi mente
de luz y de entusiasmo,
bellas sacerdotisas
de Venus y de Baco.

Dadme á beber el néctar
que en espejismos vagos
conduce de la dicha
fugaz, á vuestros brazos.

Verted, verted esencias
sobre mi lecho blando;
yo gozo en mis ensueños,
yo en mis ensueños canto.

Los besos del deleite
con risas escanciados
hacen batir las alas

de pensamientos gratos.
 Todo se olvida entonces;
 no hay males, no hay quebrantos;
 que hermosa vida el sueño
 es para el desgraciado.
 Llenad, llenad mi mente
 de luz y de entusiasmo,
 bellas sacerdotisas
 de Venus y de Baco.
 Para gozar nacimos
 de Natura al halago.
 Si así no fuese, ¿cómo
 hacer bueno al Trabajo?

Por la copia,
 MANUEL DE LLANO PÉRSI.

Va á hacer ocho años que falleció en Madrid D. Juan Valero Martín, hijo del Director de GENTE VIEJA.

Era una gran esperanza de la literatura castellana; y rindiendo un tributo á su memoria, publicamos hoy el siguiente artículo, de aquel malogrado escritor.

BORRACHO DE GLORIA

Era Alfredo artista, pero un gran artista. Pasaba la vida persiguiendo el ideal de la gloria, como persigue el sediento al claro manantial, sin más norte, sin más deseo, sin más ambición: soñando siempre, y despreciando lo que soñó ayer, tanto como prendado de lo que había de soñar mañana; aborreciendo el pasado por pequeño, transigiendo con el presente, gigante de ilusiones y adorando el porvenir, radiante de gloria, de fama, de inmortalidad.

Tenía el alma de un genio dentro del cuerpo de un cualquiera.

Pasaba las horas emborrinando cuartillas con fervorosa y creciente actividad; leía lo escrito, y la ejecución no había secundado al pensamiento.

Me falta mundo, pensaba; necesito calor, vida, animación, realismo, verdad.

Y como el impaciente público que vocea en la plaza ¡caballos! ¡caballos!, le gritaba una voz en el fondo de su alma: ¡realismo! ¡realismo! Y allá se iba, envuelto en la capa y llevando un mundo de pensamientos bajo las alas de su hongo descolorido, á pasear su genio por el lupanar, por la taberna y por el garito.

Era Alfredo el hombre que vive en un sueño constante, interminable, enorme, lleno de luz y de encanto, porque ama tanto la esperanza como desprecia la posesión: el verdadero artista, siempre persiguiendo el ideal de lo hermoso y de lo grande en absoluto, lo infinitamente bello, la meta, el resumen, el punto culminante de una quimera magnífica que le arrulló en la cuna y le envolverá en el sepulcro.

El poema tranquilo, de tintas suaves y matizado de colores, no sació jamás aquella imaginación exaltada y vehemente; el amor de madre, la pasión de la esposa casta y el beso dulcísimo del hijo, producían en su alma el mismo efecto que en su rostro el soplo embalsamado del aura tibia en una primavera perfumada; y en el drama terrible del vicio, en la ensangrentada tragedia de la taberna ó en la repugnante escuela del presidio procura buscar las formas accidentadas y los colores fuertes que se reflejan en su alma, con más perfección quizá, porque eran más contrarios á su propio modo de sentir y de querer.

Si á los veinte años se le hubiera preguntado: ¿Qué crees? ¿qué piensas? ¿qué sientes?, posiblemente hubiera contestado:

“No sé, no me he definido aún, pero soy algo.”

Y realmente no era vano arranque de una pretensión soberbia é infundada; Alfredo sentía dentro de sí el germen de lo grande, escuchaba una voz incesante, enérgica, imperiosa, que le gritaba siempre: ¡adelante! ¡adelante! Y él obedecía con la fe del guerrero que se arroja en medio del combate, alzando orgulloso entre sus manos la glo-

riosa bandera por la que sacrificaría con gusto su existencia.

Al saludar la vida, cuando los demás hombres se presentan en el palenque del mundo con rodela de ilusiones y lanzas de esperanzas, venía Alfredo á la lucha con armas de escepticismo; la moderna filosofía con que, por especiales circunstancias, había en su infancia sustituido á las plegarias, se encargó de borrar en su corazón la idea de otro Dios que no fuera la Naturaleza misma, y su precocidad en sentir le hizo conocer el desengaño antes de tiempo, matando así, y de un solo golpe, las ilusiones en su corazón y la fe en su alma.

Por eso precisamente se aferró con más entusiasmo que ningún otro á ese ideal desconocido de lo grande; por eso sentía su ser esa ansia indefinible de lo desconocido; algo así como si pretendiera sustituir al Dios de los altares con el dios de la gloria, y al amor humano con el amor de sus propias quimeras, que le arrullaban suavemente, que le acariciaban, que le besaban en la frente, como coro amenísimo de vírgenes, refrescando las quemaduras que la filosofía imprimió en su alma y restañando las heridas que los desengaños abrieron en su corazón.

Considerar la humanidad arrastrándose contrita á los pies de una Cruz, ó en continua lucha con pasioncillas raquílicas y miserables, le producían carcajadas de lástima, que quizá procuraba lanzar con fuerza para disimular una sonrisa de envidia que germinaba en lo más profundo de su ser, al considerar que él era incapaz de sentir lo mismo; aunque fuera mucho más pequeño, era mucho más consolador que aquella eterna peregrinación de su alma en busca de lo desconocido. Y para convenirse á sí mismo, y para desechar estas ideas, revolvía con delicia el fango más hediondo y corrompido, examinaba con refinada voluptuosidad las llagas pestíferas del vicio, y se encenagaba en la atmósfera viciada del crimen, para fotografiarlo, para darle los tonos repugnantes de la realidad y enseñar después su obra, diciendo al mismo tiempo:

Imbéciles, mirad vuestras propias monstruosidades, y aplaudidme porque os las enseño, contribuyendo con vuestra admiración á colocarme en el lugar que ansío.

Pero aquel revolver inmundicias no le ponía en posesión de su más querida ilusión, de su deseo más ardiente; sobre aquellos elementos era muy difícil cimentar la verdad, la belleza de las bellezas, lo perfecto entre lo perfecto, aquel sueño de toda su vida, que le acariciaba como célica doncella, la obra que había de inmortalizarle.

Su propio ser era incomprensible: la humanidad demasiado defectuosa, la Naturaleza demasiado grande para estudiarla por completo; y á los treinta años, como á los veinte, volvía á sentir la misma voz: ¡adelante! ¡adelante!

—Es que aún no he estudiado lo suficiente — pensaba; — necesito luz, colores, vida. ¡Realismo! ¡Más realismo!

Y otra vez se arrojaba á la lucha con denuedo, con entusiasmo, con la misma fe que cuando emborrónó su primera cuartilla.

Los años no menguan el ardor de aquella pasión titánica por la gloria; cada nuevo esfuerzo, al empezar á iniciarse en su mente, era cuerno de la abundancia que derramaba en su espíritu ilusiones y esperanzas que se reproducían con la actividad incansable del microbio durante el período que dura el desarrollo del esfuerzo mismo: al sentarse frente al abultado montón de cuartillas en blanco, al estampar en torcidos garrapatos las ideas luminosas de su cerebro, veía ya realizada su gran obra; los volúmenes perfectamente encuadernados y una muchedumbre entusiasmada que le arrebató el libro de las manos, que le aplaudía con estrépito y le aclamaba con delirio.

Crecía su actividad á medida que adelantaba en su obra; ya terminó la exposición: es clara, concisa, bien delineada, perfectamente planteados los términos del problema; ya se enfrasca y se agitan en su mente cien ideas. Está terminando la gran obra; comienza el desenlace: el epílogo — piensa — es preciso que sea interesante, muy interesante la resolución del gran problema, pero con tintas marcadas, con colores muy oscuros sobre un fondo blanco, que resalte, que sea irrefutable, que lo vean hasta los ciegos.... Por fin, he aquí mi

obra, mi trabajo inmortal, la última palabra de la filosofía dentro de un molde magnífico de la literatura; á leerlo todo, vamos á ver.

Y el buen Alfredo caía un momento en la prostración del desencanto. Hay algo — continuaba — hay algo de lo que he querido decir, pero le falta mucho, muchísimo; mi obra está en embrión, aunque principia á ser como yo quiero que sea; más luz, más luz, la realidad, la eterna realidad; ¿dónde buscarla, dónde hallarla?

¡adelante! ¡adelante! — le grita la misma voz. — Constancia; el mundo no se ha concluido todavía, aún se arrastra sobre la epidermis del planeta ese batallón de gusanillos que se llama humanidad; aún ríen unos, rezan otros y lloran muchos; estúdielos, pulsa eso que se llama alma, mezcla las lágrimas de los unos con las carcajadas de los otros en una vasija de observación, caliéntala con el calor de tu propia imaginación y estudia el contenido al través del lente de tu corazón, sin preocupaciones de escuela ni exageración del fanatismo; repite cien y cien veces la receta, hasta que obtengas el contenido ambicionado de la realidad; entonces hallarás luz y calor, formas y perfiles; entonces lo natural, la verdad, lo bello, lucirá en tus cuartillas, como lucen las estrellas en el azul espacio del infinito.

Y con este deseo tornaba á mezclarse en el bullicio, avaro de una escena, de una mirada, de un detalle con que enriquecer su obra.

Pero la materia, esa misma materia que estudiaba en los demás y que constituía la eterna pesadilla de su vida, le hizo un día traición; y el frío, á que no oponía resistencia su ropilla pasada y caduca, y el hambre, mal satisfecha con la escasa pitanza á que le sometía su situación precaria, quebrantaron aquella naturaleza, y llegó día, cuando Alfredo sentía más cerca la realización de su sueño y cuando apenas había llegado á la cumbre de la vida, en que tuvo que abandonar su esfera de acción para ir á ocupar una cama en la sala de un hospital.

— No importa — pensaba aquel espíritu gigante de ambición; — aquí también se sufre, aquí también hay hombres; conoceré un ejemplar más, y desde mi propio lecho del dolor uniré otra nota á la gran partitura de mi obra.

Desgraciadamente para él, el primer paso en aquella nueva observación fué punto menos que infructuoso; allí, al lado mismo de su cama, había un anciano que apenas acertaba á explicar lo que pensaba; era un tipo vulgar, vulgarísimo; había vivido de un oficio manual, había formado una familia y criado á sus hijos; y, como si su cometido estuviera cumplido ya, ocupaba aquella cama, esperando con resignación la última hora de su vida; cuando á la madrugada los intensos dolores que sentía hacíanse más fuertes, entonaba entre gemido y gemido una oración, ó invocaba los nombres de sus hijos, como si estos nombres fueran poderosos lenitivos contra su dolor.

— Nada nuevo, en resumidas cuentas — pensaba Alfredo con mal humor y volviendo la espalda á su vecino; — la eterna historia de la bestia humana: nacer, crecer, procrear y morir, pensando, en medio del miedo que la produce el no ser, que media docena de viajes y cuatro palabras sin sentido van á abrir las puertas de una vida eterna.

Pasaron los días, y con ellos creció la enfermedad de Alfredo, y tocaba á su término la vida del anciano.

Una mañana la Hermana encargada de la sala les advirtió de que aquel día, y á un tiempo mismo, debían comulgar los dos.

— No lo necesito — repuso el artista.

— Es costumbre de la casa, y tendrá que hacerlo, hermano — insistió ella.

— Me es indiferente — añadió él.

Y volvió la cabeza en opuesta dirección.

— Que venga, que venga el Sacerdote — había dicho el anciano.

— Mi obra — pensaba Alfredo — mi obra inmortal se queda sin hacer; la materia va á transformarse, el protoplasma adquirirá nueva forma, y nada más; soy un átomo que rueda por el laboratorio inmenso de la Naturaleza, y se necesita mi concurso para una nueva combinación.

Entre tanto, el Sacerdote sacramentaba á su compañero; un último esfuerzo de observación de aquella voluntad enérgica le hizo volver el rostro demacrado, y pudo ver á una mujer y á un hombre

que sostenían con amor el cuerpo del anciano, mientras el Sacerdote depositaba en su boca la Sagrada Forma; á los pies de la cama una anciana, de hinojos, balbuceaba una oración, entre lágrimas; Alfredo veía la escena como si una gasa cubriera sus ojos; empezaba á faltarle la vida; de improviso ligero temblor agita el cuerpo del anciano, y su cabeza cae pesadamente sobre la almohada, mientras el hombre que le sostenía dejó resbalar una lágrima por la tostada mejilla, y tras un ¡padre de mi alma! estampa la mujer un beso en la fría frente del cadáver.

El Sacerdote vuelve hacia Alfredo el venerable rostro; levanta entre sus dedos la Sagrada Forma; Alfredo no ve más; sus párpados se cierran, y una sonrisa de satisfacción se dibuja entre sus abiertos labios.

—Me muero—acaba de pensar;—pero conozco la verdad sublime: si volviera á vivir, me inmortalizaría con sólo describir un beso y una lágrima.

JUAN VALERO MARTÍN.

10 Junio 1866. † 24 Marzo 1894.

EXEQUIAS

Si el cielo, de noche,
me paro á mirar,
tantas luces y tanto silencio
me dan que pensar;
y, al ver cómo callan
tierra, viento y mar,
me parece que el mundo es un muerto
que van á enterrar.

FEDERICO BALART.

Información especial de GENTE VIEJA

En presencia de las corrientes socialistas que en Europa van determinándose, ¿cuál es el deber de los Gobiernos, de los publicistas y de la industria y el comercio, considerados legitimamente como clases directoras de la sociedad?

La orientación socialista.

Con paso presuroso caminan las ideas socialistas por el mundo. El estado de cosas por ese avance amenazado, ensayó vanamente todos sus resortes para oponerse á él. Primero la legislación castigando las coligaciones para alterar los salarios, de lo que aún quedan vestigios en nuestro Código penal. Después la fuerza, utilizada con rigor en cuantos conflictos existieron entre el trabajo y el capital. Y el socialismo llega hoy al Ministerio en Francia y al Parlamento en Alemania, Bélgica é Italia; se incorpora á la vida real en Inglaterra y en los Estados Unidos; y asalta las conciencias con irresistible empuje entre las gentes de nuestra España. Fué fórmula de guerra en sus comienzos, y constituye hoy fórmula de paz.

Las multitudes se van trasladando lentamente al campo socialista. Eran antes monárquicas ó republicanas, absolutistas ó liberales. Poco á poco estos palenques quedan desiertos; los adalides que en ellos lucharon siguen allí firmes, abrazada la adarga, robusto el brazo blandiendo el hierro; pero la muchedumbre abandona silenciosamente las graderías, se ausenta, y á los gritos de guerra ó á las voces de triunfo no responde el glorioso clamor de un pueblo enardecido. Dícese que el entusiasmo se agota en el corazón popular; que la fe se entibia. No; es que se traslada. Las vehemencias antes encendidas en lo político persisten, pero hay que ir á buscarlas entre los problemas y las turbas societarias. Con este fenómeno se inaugura el siglo XX.

En el mundo social todavía subsistente, son tres los elementos directores: los partidos, en lo político; los escritores, en lo intelectual; los comer-

ciantes é industriales, en lo económico. En el mundo social que se avecina, lo director es el sentimiento de la multitud revelado por los apóstoles de la nueva idea. En pugna aparecen aquéllos y éstos, sacerdotes aquéllos del tiempo que se va; heraldos éstos del tiempo que llega. Por eso el divorcio visible que existe en España entre lo oficial y lo social. Y los partidos se quebrantan, se desmembran, se debilitan; y los escritores pierden su influjo equiparados en lo moderno á aquellos retóricos de los tiempos de Juliano y á aquellos sofistas de la decadencia bizantina, que disipaban su saber y sus horas en vana palabrería estéril, muerta; y los comerciantes é industriales, como los grandes terratenientes, acaparadores todos del capital y de los medios de producción, apoyados únicamente en la fuerza, cada instante más quebradiza y defectible, son los enemigos de hoy, los vencidos de mañana, tal vez tratados á su tiempo sin justicia y sin piedad.

De proseguir la pugna entre ambas direcciones, no es aventurado pronosticar el triunfo: los últimos prevalecerán, porque el socialismo, en la substancia de sus doctrinas, si no en sus fórmulas, ha de vencer. Y su victoria significa el prevalecimiento del número sobre la inteligencia, de la multitud sobre los escogidos. La evolución renovadora sería desbordamiento devastador. Políticos, escritores, clases mercantiles, después de agitarse vanamente en la soledad, serían también arrollados, también vencidos, como lo fueron los creyentes y sacerdotes de las divinidades paganas á la aparición de la nueva fe.

¿Qué hacer? Cada uno de esos elementos tiene señalados su deber y su misión. Los partidos, abrir su dogma, saturarlo de las nuevas ideas, abrazar la defensa del humilde, acomodarse sobre una nueva fórmula de organización social que esquive las inclemencias y rigores de que hoy se duelen nuestras conciencias humanitarias y nuestros corazones enamorados de un ideal de justicia. Los escritores, moldear sus espíritus sobre esa renovación forzosa, propagando las alianzas entre las ideas que hoy luchan, para efectuar la transición sin quebrantos, persuadir á los irreductibles y cooperar á la depuración de los principios cuyo florecimiento y desarrollo han de constituir ideológicamente el futuro mundo social. Las clases mercantiles tienen un cometido práctico semejante al de los Gobiernos; lo que éstos realicen para la generalidad, han de realizarlo aquéllos particularmente: á la iniciativa común pública han de responder con la iniciativa privada; el Estado ha de asegurar lo indispensable para la vida de cada uno de sus súbditos; el comerciante ha de facilitar esa acción, acudiendo resueltamente á las fórmulas de seguro, de participación en los beneficios, de retiro, que brinda la economía social.

No es obra de legislación simplemente; hay que encarnar el espíritu de las leyes propuestas en el espíritu de las muchedumbres. Y para ensayar esto con fruto hay que desterrar de nuestra inteligencia dos errores: primero, no es el socialismo simplemente problema de estómago, sino también problema de cultura, de derecho, de moral, de ansias inmortales hirvientes obscuramente en el alma de los que hoy se rebelan; segundo, el ideal de la sociedad nueva no consiste en hacer un Estado poderoso, fuerte y grande, dominador, sueño heredado por Europa de los imperios sacrificadores del individuo, sino vivir en paz, alejar el dolor, repartir el bien entre los conciudadanos, procurándoles la abundancia, aun á costa del esplendor y el poderío con que en lo externo pudiera presentarse la nación.

Libres de esos dos errores, los partidos políticos abrirían las puertas de los comicios á los proletarios, que hoy se ven en la precisión de forzar ó asaltar. Vendrían como amigos, no como adversarios. Los escritores incorporarían su pensar al pensamiento de su época, y serían como transmisores por donde la savia de la inteligencia fluyera para cubrir la voluntad empeñada en la obra gigante; las clases mercantiles serían ejecutores de la tarea á todos encomendada; serían reguladores de su celeridad, avanzados unas veces, compañeros otras, avisos y vigilantes siempre. Y el mundo social así guiado, puesto en camino como gigante caravana al través de un desierto, llegaría á la nueva era sin alboradas tristes, sin ocasos san-

grientos, como quien cumple su destino y, haciendo su jornada, se orienta hacia la justicia, que, por el amor de los hombres, llega hasta Dios.

JUAN MONTILLA.

CUENTO..... DE NUNCA ACABAR

En un lugar, cuyo nombre no recuerda mi memoria, dicen que cuenta la historia que existió hace tiempo un hombre

ambicioso y sin fortuna, el que, en fuerza de idear, en la plaza del lugar vino á hacer una tribuna,

la adornó con cuatro pingos y entre ellos, al ser de día, puso un cartel que decía: «Venid aquí los domingos

»y sabréis cómo un alcalde puede de infinitos modos hacer la dicha de todos. »Nota: la entrada es de balde.»

Desde allí, con tantos humos y vanidad como audacia, les habló de democracia, de libertad y consumos;

mas de tan lejos lo toma que, venga ó no á cuento, ensarta á los ilotas de Esparta y á los esclavos de Roma,

y paso á paso les lleva después de la Edad Antigua á la Media, y atestigua con los siervos de la gleba.

Así, durante unos meses, haciendo frases y gestos, habló mal de los impuestos y peor de los burgueses;

dijo que era reaccionario pagar la contribución, y pidió la abolición del cura y del propietario;

y al terminar, el tribuno, juraba que, si algún día él fuese alcalde, daría mil duros á cada uno.

No echó discursos en balde ni frases en saco roto; el pueblo armó un alboroto y le nombraron alcalde.

Al punto cambió el cartel, y escribió en solo un renglón: «Pena de muerte al ladrón». ¡y le dejaron á él!

Impuso luego un tributo, hizo á su gusto la ley, y en poco tiempo fué un rey despótico y absoluto;

pidió un ejército armado con muchísima metralla para barrer la canalla que de él se había fiado;

puso en todo su rigor la ordenanza militar, y á más de uno hizo pasar por las armas por traidor;

dejó en el acto cesantes
á empleados diligentes,
y colocó á sus parientes
y amigos en las vacantes;

los consumos aumentaron
y medraron los bribones,
hubo más contribuciones
é industrias que se arruinaron;

los labradores perdieron
sus haciendas embargadas,
y hubo, en fin, mil asonadas
en las que muchos murieron;

y los mil que á cada uno
prometió pródigamente....
los pagó el contribuyente
y se los guardó el tribuno.

Un día se alzó el lugar
y el héroe huyó; pero, al año,
se olvidó aquel desengaño
y el cuento volvió á empezar;

que, aunque el pueblo se lamenta
de la falta de recursos,
en oyendo dos discursos
ya está la gente contenta.

.....
.....

¡Cuántos hay que son lo mismo!....
¡y pensar que aún hay cristiano
que tiene fe en ese vano
y necio charlatanismo;

en esas falsas sirenas
que, de tiempo inmemorial,
hablan bien, gobiernan mal
y roban á manos llenas!

Demócratas, liberales,
socialistas, libertarios,
ácratas y reaccionarios....
¡todos, todos son iguales!

VICENTE COLORADO.

JUSTO TRIBUTO

GENTE VIEJA, que se debe al pasado y á nuestra historia literaria, rindiendo entusiasta homenaje de admiración al insigne Víctor Hugo, asociándose al movimiento intelectual de toda Europa, que en estos momentos consagra la inmortalidad del gran poeta francés, debe también, como justo tributo de respeto y prueba de no extinguido cariño, dedicar unas líneas para memoria de un escritor español, á quien Víctor Hugo profesaba especial amistad y agradecimiento sincero, por haber sido el que primeramente le dió á conocer en España, haciéndole leer en sus inmortales obras *Los Miserables* y *Noventa y tres*: me refiero á D. Nemesio Fernández-Cuesta, ilustre publicista, cuyo recuerdo no conviene extinguir como modelo de cuantos nos dedicamos á las ingratas tareas del periodismo, para quienes el fundador de *La Discusión* y *Las Novedades* fué siempre cariñoso maestro y bondadoso amigo, siendo de extrañar que cuantos en estos días vienen dedicando crónicas y artículos en honor de Víctor Hugo no tengan una palabra de recuerdo para nuestro antiguo amigo y compañero, cuyo nombre siempre querido y respetado vive entre nosotros.

MARCOS PELAEZ Y PORTA.

CANTAR

Me puse á contar un día
las arenitas del mar,
y á mil ciento veinticinco
me lo tuve que dejar.

ENRIQUE GASPAS.

UNA LÁGRIMA

¿Habéis pensado los significados, los recuerdos, los sentimientos que encierra una lágrima?

Una lágrima representa la alegría, el dolor, la satisfacción, la duda.

El llanto es el lenguaje de los niños, y en él consiste la fuerza de la mujer; es decir, que es la manifestación externa más persuasiva de los seres más débiles del mundo.

El niño al nacer lanza un suspiro. Indica con llanto su aparición á la vida. Presiente sin duda cuántos gemidos ha de costarle una existencia que de tal modo empieza.

Con lágrimas despedimos al ser querido que nos arrebató la muerte. Las lágrimas, pues, toman al hombre en la cuna y le dejan en el sepulcro; son sus eternos compañeros durante la peregrinación de la vida.

Los poetas suelen, en su lenguaje simbólico, llamar raudal de brillantes perlas al llanto; ¡insensatos! Llamadle lágrimas; la perla no es nada, la lágrima es un ideal incomparable. La perla tiene tasación posible; el valor de la lágrima no tiene precio, es moral, sólo puede apreciarlo el alma y valorarlo el cariño.

Preguntadle á una madre qué pagaría por evitar lágrimas á su hijo, y os dirá, que daría su vida, y os lo dirá derramando lágrimas. ¡Benditas las que sirven para consolar las tribulaciones de una madre!

Dos niños en sus infantiles juegos se caen: al uno le levanta cariñosa madre, que en su regazo enjuga pronto sus lágrimas; el otro, abandonado en un rincón, da rienda suelta al llanto.

Aquél tiene madre, éste es huérfano; no tiene nadie que le consuele, pero tiene lágrimas, y por tanto tiene el expresivo lenguaje de los que sufren sobre la tierra.

¡Desgraciado el hombre que carece de lágrimas que le acompañen en sus dolores y alegrías!

Un corazón sin lágrimas es una vida sin sentimiento.

Luchan los ejércitos, y al conseguir la victoria, los veteranos que no temblaron ante las balas, lloran ante las delicias del triunfo.

Los pasajeros, después de angustiosa navegación, al oír la voz de tierra lloran: ¡qué de misterios, afectos y sensaciones no oculta el llanto de aquella flotante población!

Y la Providencia también llora, y los campos secos, agostados, al recibir la benéfica lluvia reverdecen y adquieren vida; las flores y los frutos se regocijan y la naturaleza entera sonríe al Supremo Hacedor.

Valle de lágrimas llamamos á este mundo, en nuestras invocaciones á la Reina de los Cielos; buscad una expresión más gráfica, y no la encontraréis, para expresar con toda exactitud lo que es la vida del hombre, que tal vez por ello Jesucristo nos dice: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.*

Si el lenguaje, la religión, la reproducción, etc., etc., son razones que explican la unidad y común origen del género humano, no olvidemos el llanto como una de las pruebas más concluyentes de semejante verdad, porque el llanto, las lágrimas, son iguales en todos los pueblos, hombres, civilizaciones y edades. Siempre y en todas las lenguas dicen y expresan lo mismo; y es que son el lenguaje del corazón, y el corazón es idéntico en todos los seres humanos, siendo las lágrimas el lenguaje matriz y primitivo de la desdichada humanidad.

La música al conmovernos, al transportarnos á otras regiones, al hacernos sentir encantos que ni siquiera sospechábamos, lo hace hiriendo nuestro sentimiento. Al oír las composiciones de clásicos maestros, podremos llorar, pero lo que no hacemos jamás es soltar una carcajada. Creo, como el filósofo árabe, que la risa no es más que la máscara de la hipocresía.

Descubre Colón nuevos territorios para España, y al pisar la tierra por él soñada, se arrodilla y abundantes lágrimas corren por su venerable rostro. ¡Cuán encontrados afectos no revela aquel llanto! El orgullo de la ciencia, la satisfacción del sabio, la fe del hombre religioso embargarían el alma de Colón en aquel momento, y el llanto fué la forma de expresar reunidos tan diversos sentimientos.

Conquistó los Reyes Católicos á Granada, y al abandonar Boabdil su querida Alhambra y al dirigir su última mirada á la ciudad, para siempre perdida, también llora.

Colón, al encontrar un nuevo mundo, lloraba; Boabdil, al perder la última ciudad que en España tenía, ocultaba en su llanto la desgracia de su sino.

Dos afectos tan contrarios, dos sentimientos tan diversos, producían sin embargo idénticos resultados, es decir, las lágrimas. El corazón, al sentir tan distintas impresiones, respondía de igual manera á la alegría de Colón, que á la pena de Boabdil; bien es verdad que un célebre poeta alemán ha dicho que la alegría no es más que una de las variadas formas del sentimiento.

Sí: las lágrimas son el lenguaje de la humanidad, el lenguaje del alma; son las manifestaciones del corazón y la realización sensible del amor; son la grandeza del pobre y el remordimiento del rico cuando no realiza el bien en la tierra; son, en último extremo, la grandeza de Dios igualando á todas la criaturas.

Séame permitido depositar en estas líneas dos lágrimas que brotan del fondo de mi alma, consagradas á la memoria de mis padres, á cambio de las muchas que, en su inmenso cariño, derramaron por mí mientras tuve la fortuna de tenerles en la tierra.

FERNANDO MELLADO.

Al cumplirse el aniversario del fallecimiento de nuestro querido amigo y compañero D. Manuel Ortiz de Pinedo, que tanto se distinguió en la política, en la administración y en las letras, y al acompañar á su familia en su dolor en este triste aniversario, honramos las columnas de GENTE VIEJA con los tres siguientes sonetos inéditos que nos ha facilitado su ilustre viuda:

LA MUERTE

¡A la nada tornar! ¿Nuestra existencia
al mismo fin del bruto condenada?
¡Los sublimes anhelos polvo, nada!
¿Para qué se nos dió la inteligencia?

Que el cuerpo ha de morir, dice la ciencia
á explicar lo terreno limitada;
mas ¿qué responde luego, interrogada
del alma al inquirir la pura esencia?

¡En un sepulcro Shakespeare enterrado!
¡Newton morir como gusano inmundado!
¡Colón en su ceniza aniquilado!

¿Quién descifra misterio tan profundo?
¡Arcilla vil el genio que ha pensado
el *Quijote* inmortal, pasmo del mundo!

* * *

EL SIGLO

¡El siglo va á expirar! ¡oh Patria mía!
¡Tu amor es para mi sublime y santo!
¡Cien años de impotencia y de quebranto!
¡y aun subsistes gloriosa todavía!

No gozaste de paz un solo día.
Roto en jirones tu cesáreo manto
en ambos mundos, tu valor espanto
causó al rebelde en la discordia impía.

Por la torpeza de tu imbécil trono
luchaste hasta vencer al extranjero.
Fundaste un pueblo libre, y regio encono

te hundió segunda vez; mas considero
te ha reservado Dios en tu abandono
noble misión en siglo venidero.

* * *

¡MÁS ALLÁ!

¡Hay más allá! ¡consoladora idea!
Sócrates la vertió y el alma humana
alzóse desde entonces soberana
iluminando como luz febea.

¡Nace Jesús! su gloria centellea,
brota en sus labios la moral cristiana,
rueda á sus pies la sociedad pagana.....
¡Verdad el alma es! ¡bendita sea!

Cúmplese su misión, y su doctrina
es amorosa esencia redentora.....
¡Por ella el alma, triste peregrina,

condenada á sufrir, cuando aquí mora,
sin olvidar adonde se encamina
alza hasta Dios la esencia que atesora!

MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

TARDES MADRILEÑAS

I

El Congreso.

Cae una lluvia persistente y menuda; los tranvías van atestados; las pocas mujeres que transitan por la calle se recogen las faldas por no mancharse de barro, y algunos curiosos se emboban mirándolas, sin reparar en el chaparrón. Los cafés se llenan de parroquianos que se disponen á pasar la tarde *perro* hablando del tiempo y de política. Son las catorce y treinta de un día de Febrero. Hay garantías constitucionales.

Tomás Bermúdez, abogado joven, candidato derrotado en las últimas elecciones, dulcifica las amarguras de la oposición en que yace su partido trabajándose el distrito, escribiendo multitud de cartas, encenagándose en el chismorre del salón de conferencias. De Horcamos, capital del distrito que aspira á representar Bermúdez, ha venido Julián, el hijo de un poderoso señor de aquella tierra, á gestionar cierta concesión de aguas en Agricultura. Tomás le ha acompañado en su odisea por Negociados y Secretarías, facilitándole el camino, como hombre ducho en la materia y en consideración á los sufragios de que dispone su amigo. Han almorzado juntos, y como la tarde se presenta turbia deciden darse una vuelta por el palacio de la Representación nacional, cuyas escenas son totalmente desconocidas para el provinciano.

Los ujieres saludan amablemente á Tomás; la grosería habitual desaparece ante aquel señor á quien conocen como á uno que será de *la casa*; Julián, á quien ya no deslumbran como al principio los galones de las casacas, queda agradablemente sorprendido ante tanta galantería del más puro estilo parlamentario. Los dos amigos toman asiento en la primera fila de una tribuna *de orden* y esperan el comienzo de la sesión.

El forastero esparce la vista por el recinto; el salón está vacío; allá enfrente, en otra tribuna, unos caballeros hablan alto y sus voces resuenan en el amplio local. Discuten ¡es claro! la marcha política y comentan un discurso de la sesión anterior; á los oídos de Julián llega repetidas veces la palabra *crisis*.

—Dígame usted, Tomás, ¿quiénes son aquellos que hablan tanto?

Son los periodistas.

—¿Y cómo hay tanto golfo ahí en el centro?

—Es que esa es la tribuna pública, y el que antes llega pasa la tarde entretenido y sin mojarse.

—¡Es bonito esto! ¿Falta mucho para empezar?

—No; ya llaman.

Los timbres comienzan á dejarse oír; entran precipitadamente varios ujieres y se colocan en orden detrás del sillón presidencial.

—Fíjese usted, Julián; por la puerta que está debajo de nosotros saldrán los maceros y el Presidente.

Continúa el estridor de las campanillas eléctricas; varios señores entran y se detienen al pie de la tribuna;

aparecen los maceros arrastrando sus ropones y se inclinan con respeto al pasar el Presidente. Ya hay más gente en el salón; van tomando asiento en los escaños los diputados madrugadores; un señor calvo, gordo y viejo toma asiento en el banco azul: —Ahí tiene usted al Ministro de la Gobernación —dice Bermúdez. —Los timbres han dejado de sonar; el Presidente agita la campanilla: ¡Ábrese la sesión!

A Julián le parece una grosería que mientras un diputado lee unos papeles desde la tribuna los demás ahoguen su voz con las conversaciones. Le interrumpe en sus meditaciones la llegada de dos señoras que toman asiento en primera línea; dos desgraciados que ocupaban aquellos puestos se ven relegados al último lugar y se levantan refunfuñando.

—¿A qué vienen éstas?

—A que las veamos; la clase de hembras parlamentarias es más numerosa de lo que usted supone.

—Tiene la palabra el Sr. Mengáñez —dice el Presidente.

—¿Qué tal habla éste?

—No sé; no le he oído; está empezando y dicen que tiene talento.

El Sr. Mengáñez: «Señores diputados: No voy á molestaros haciendo un discurso sobre el asunto que me obliga á hablar, ni pienso entretener largo rato la atención de la Cámara, no porque lo que motiva mi pregunta carezca de importancia para algunos ciudadanos españoles, sino porque ha de ser objeto de más amplio debate al discutirse el presupuesto de Gobernación....»

El orador hace su pregunta como puede; el Ministro le contesta cualquier cosa; el Sr. Mengáñez no se da por satisfecho y anuncia una interpelación. Otros padres de la Patria recitan sus peroratas, que nadie escucha; Julián cuenta los diputados que hay en el salón.

—Son diez y siete entre todos—dice;—á mí me avergonzaría hablar ante tan poca gente.

—Ya verá usted luego. Hoy habrá emociones.

Un Sr. Fluido se levanta para formular, como él dice, una serie de preguntas. El auditorio se reduce más todavía; las tribunas, en cambio, se van llenando y el aire se hace irrespirable.

Por ambos lados de la presidencia suben continuamente numerosos miembros del Congreso; todos hablan con el Presidente, le asedian, y cuando uno se separa por la derecha se acerca otro por la izquierda, y la procesión no acaba nunca. Cuando el ruido de las conversaciones crece demasiado, el Presidente agita con aire distraído la campanilla y dice: ¡Orden, orden!; y vuelve á escuchar al consultante de turno.

Entre tanto el Sr. Fluido prosigue su discurso. Habla con mediana voz y con entonación insufrible por lo monótona; se balancea constantemente de atrás á adelante, y cuando dice algo grave parece que va á echarse de cabeza desde su escaño. «Lo que ocurre en la capital H*** es indecoroso. Hay que reorganizar el servicio si queremos disfrutar de la consideración de país civilizado.» Truena contra el Ministro de Gracia y Justicia, que aún no ha traído proyecto alguno de reforma, cuando tan urgentes y necesarios son. «Se impone el cambio; el estado actual es indecoroso, verdaderamente indecoroso....»

Así continúa durante una hora queriendo llevar al ánimo de *la Cámara* el convencimiento de que falta el decoro, de que somos un país pobre y atrasado, decaído de nuestro esplendor.

Un dulce sopor se esparce por la concurrencia; la luz cruda que penetra por la claraboya invita á cerrar los ojos, convidando al sueño; algunos diputados escriben cartas; otros miran al techo; el Ministro de la Gobernación le cuenta al de Hacienda una historia interesante y los dos se ríen. La vecina de Julián se ha levantado el velo y deja ver una cara muy mona, arrebatada por el calor; el provinciano se distrae contemplando á su graciosa compañera de tormento y olvida «las incidencias del debate»; la muchacha se hace aire con precipitación y le dice á su acompañante:

—Estoy nerviosa; ¡qué hombre ese, ya podía callarse!.... ¡Uf! ¡Tengo ganas de arañar!....

Julián sonríe y se vuelve hacia su compañero.

—¿Cómo es que cada vez hay más gente, á pesar de ese tío?

—Porque se acerca lo interesante de la tarde; en cuanto éste calle, verá usted.

Pero *ese tío* no calla. «Entiendo yo, Sres. Diputados, que la función de un Juez municipal está perfectamente definida en las leyes.... sin que *à priori* pueda decirse, y en esto la Cámara pensará como yo....» *La Cámara*, sin embargo, no le oye; los bancos están casi llenos; las conversaciones han llegado al último límite; el ruido es para hacer callar á cualquiera que no sea el Sr. Fluido.

—¿Ve usted aquel que sube á sentarse? Es Romero Robledo.

—¡Ah! Yo creí que era más joven. ¿Y Silvela, cuál es?

—Allí le tiene usted; más hacia el centro; aquel que se pasa la mano por la calva y habla con el del banco de más abajo.

—¿Quiénes son esos que se sientan detrás de los Ministros?

—¿Esos? Pues esos son los de la Comisión.

—¿Qué Comisión?

—Cualquiera; ¿qué más da? Los de la Comisión; ¡le parece á usted poco? Aquellos de enfrente son los republicanos; ahora entran cuatro juntos; de ahí saldrá el jaleo hoy....

Por fin el concienzudo orador se sienta. Resuena un ¡aaah! de satisfacción y se apagan los rumores. Todos ocupan su puesto. En la tribuna un ujier se abre paso por entre los curiosos y llega hasta la bella espectadora:

—De parte del Sr. Conde de Monte-espejo—dice—entregándole un cartucho de caramelos.

La obsequiada sonríe dulcemente y dirige la mirada hacia los chicos de la minoría conservadora buscando al galante legislador.

El Sr. Presidente dice: «Continúa la discusión de la proposición del Sr. Fuláñez; tiene la palabra el Sr. Currinche.»

Se hace un silencio sepulcral. Nadie se mueve; cada golpe de tos es acogido con chicheos, y el Sr. Currinche se pone en pie. Es un furibundo enemigo del régimen monárquico, y aprovecha la ocasión para explicar sus doctrinas; ataca rudamente á los partidos del turno y los acusa de traicionar á la Patria por servir mezquinos intereses de bandería. Las primeras protestas estallan. Los conservadores gritan: «¡Falso, falso!» «Los liberales exclaman: «¡Esa no es la cuestión!»

Entra el Jefe del Gobierno y ocupa su puesto; el Ministro de la Gobernación toma notas apresuradamente; el de Marina habla con viveza al Diputado que se sienta detrás de él. La función está en pleno desarrollo. Se verifica el relevo de los maceros, y los que salen abandonan el salón con majestuoso aire de desdén.

Continúa la catilinaria; el orador republicano pone toda la carne en el asador; alude á todos los Jefes parlamentarios y los emplaza ante las Cortes de la Nación como algún día serán emplazados ante el justiciero tribunal de la historia.

—¿Qué habéis hecho en treinta años de Gobierno? Arruinar la Patria, vilipendiar nuestro nombre ante el extranjero, saquear al país. ¡Todos sois unos, todos sois igualmente cortesanos y aduladores del Poder real!

El escándalo es monumental. «¡Fuera, que lo echen; eso es intolerable!» gritan; la minoría republicana apoya al compañero, y puestos en pie todos se insultan y vociferan largo rato. El Presidente da campanillazos y golpea la mesa queriendo imponer silencio: ¡Orden, orden! Ruego á los Sres. Diputados que no interrumpan al orador. Y á continuación: «Ruego al orador se abstenga de emitir juicios que sin tener relación con el fondo del debate sean irrespetuosos para las instituciones más altas del Estado.» La mayoría y minoría monárquicas aplauden al Presidente; se restablece trabajosamente la calma y continúa la sesión. El incidente se repite veinte veces; la discusión se prolonga largo rato; agótase la cuerda de unos, la paciencia de otros, y el director de la orquesta exclama: «¡Se suspende esta discusión! Orden del día.»

Como obedeciendo á un conjuro se levanta en masa el Congreso y todos se van. Quedan los Secretarios, algún señor de la Comisión y dos ó tres amigos. Las tribunas se aclaran; ha desaparecido el interés. Tomás Bermúdez y Julián se levantan también.

—Ahora vamos á tomarnos una cerveza á la cantina y nos refrescaremos, que falta nos hace.

—¿Me dejarán pasar á mí?

—Yendo conmigo, sí; tengo pase.

Y atraviesan pasillos y salones; bajan escaleras, se abren camino á través del hormiguero de Diputados y periodistas que llena todo el local, y trabajosamente ocupan una mesa, pidiendo de refrescar.

Mientras el mozo trae lo que le han pedido, Tomás pregunta á su amigo:

—¿Qué tal? ¿qué opina usted de esto?

—¡Uf! qué sé yo; esto es un lío; no sé cómo se entienden ustedes.

—Vea usted en la mesa de enfrente al autor de la zambra de esta tarde; esos dos que le acompañan son también republicanos.

—Todavía hablan del asunto ese; están muy agitados.

El criado va y viene, atendiendo á todos, y los tres Diputados van levantando la voz, y sin abandonar la disputa dejan su sitio, pagan y se van.

El camarero se acerca á Bermúdez, y en tono confidencial le dice:

—¿Ve usted á esos? Pues así no volvieran, ¡los pillos! ¿Por quién me habrán tomado á mí?

—¿Pues qué le pasa á usted?

—Casi nada; todas las tardes los tengo ahí una hora tomando cerveza, y mientras los sirvo me predicán la República, señor; me llaman «hijo del pueblo», y aseguran que por mí y otros como yo hacen lo que hacen. ¡Habrás visto! Intenciones me dan, á veces, de envenenarlos.... ¡Voy, Sr. Marqués!

—¿Por qué tendrá tanto odio á esos señores? —pregunta Julián.

—¡Ah! es muy sencillo; este mozo fué voluntario de Don Carlos en la última guerra civil; llegó á sargento y tiene dos balazos en el pecho.... ¡Váyale usted ahora con democracia!...

Al poco rato ambos amigos dejan el puesto libre y salen á la calle. Allí se despiden afectuosamente, citándose para después de comer.

—¿Á las nueve y media le espero, eh? ¡Iremos al Japonés!

Julián toma pausadamente el camino de la fonda. El aire fresco de la noche le despeja la cabeza y va repasando las impresiones de aquella tarde que en confuso tropel se reproducen en su imaginación.

Nadie sabe las reflexiones que le sugieren. Media hora más tarde entra en su habitación, y dejando escapar un suspiro murmura distraídamente: ¡Pobres maceros!

SALVADOR RODRIGO.

DESPEDIDA

El saludo recibí al alejarte
de tu amigo leal, mi voz se trunca
pensando si jamás volveré á hallarte;
yo, aunque poco te vi, no he de olvidarte
ni ahora, ni luego, ni después, ni nunca.

ENRIQUE PRÍNCIPE Y SATORRES.

UN CUENTECILLO

El tío Palomeque, como le llamaban sus vecinos de Ballobar, pero en realidad D. Vicente Palomeque y Lartar, sargento licenciado del Regimiento de Caballería del Rey, con cinco cruces rojas ganadas á balazo limpio en la primera campaña de Cuba, era el tipo característico del baturro aragonés.

Sensible como una dama para el infortunio y las penas de sus personas queridas, bravo hasta el heroísmo frente al enemigo, generoso, alegre, decidor y amigo de sus amigos, el Sr. Palomeque era el amo del pueblo y adorado de todos por sus grandes cualidades.

Cierto día fué llamado á declarar al Juzgado de primera instancia, porque en el campo que él llevaba en arrendamiento habíase encontrado el cadáver de un hombre colgado de una encina.

Ni al Juez ni á nadie del pueblo se les ocurrió que el Sr. Palomeque hubiera podido ser ni autor, ni cómplice de semejante crimen, pero era preciso cumplir las disposiciones del Código penal en casos tales.

—Vamos á ver, Sr. Palomeque: diga usted lo que sepa acerca de la muerte de ese sujeto—preguntó el Juez.

—Pues diré la verdad á Su Señoría—contestó Palomeque.

Ese individuo, que ignoro quién pudiera ser, apareció ayer por la mañana por lo alto del cerro del buitre, luego tomó á la derecha del barranco de la liebre y de repente se tiró al río.

Yo movido de compasión me arrojé al agua, y como nado bien le salvé en seguida.

Nos separamos, y á poco rato el hombre vuelve á echarse al agua. Tampoco pude contenerme y yo le volví á sacar, y esta vez fué con grave riesgo de mi vida, porque la corriente nos arrastraba.

Cuando le dejé en tierra tuve intención de darle dos *morrás güenas*, pero me dió lástima. Me fuí á trabajar, y cuando me levanto á echar un cigarro veo que coloca una faja en una encina y se cuelga.

—¡Pero hombre!—dijo el Juez—¿por qué no corrió á salvarle?

—¡Otra, rediez! porque yo creí que se colgaba *pá* secarse.

FEDERICO HUESCA.

CARTA A ROSENTHAL

Muy señor mío: he leído en un diario de ayer, que viene usted á esta Villa (y me parece muy bien) á tocar el piano *forte* como no lo tocan tres. Tratándose de un maestro sucesor de Rubinstein, el éxito es indudable; pero debe usted saber que en lo *tocante á tocar* se toca hasta con los pies en esta Corte de un modo que se va usted á sorprender. Aquí *se tocan* el bombo, la guitarra y el rabel; el violón, á toda orquesta, y el violín alguna vez; *se toca* hasta con las manos el cielo azul que usted vé, los resultados.... *se tocan* y los extremos también. Niñas que *tocan* el piano (por supuesto, de alquiler) hay en muchas casas, cinco, y en algunas otras, diez.... y *lo tocan*.... ferozmente; ¿pero qué le hemos de hacer?... Aquí los lutos de viudas son *tocas* de la viudez, y, por *tocar*, hasta un médico se llamó *Toca*; con que me parece que en la Corte donde hoy se halla su merced, *se toca*; lo que le aviso para gobierno de usted.

Pero aunque se toque mucho y por *tocados* que estén los de Madrid, yo, que aprecio y lo que usted vale sé; yo, que hago en mi viejo piano excursiones de placer,

porque es el único amigo que conservo siempre fiel, y me atrevo con Gotschalk, y con Liszt y con Saint-Saëns, y hasta con usted (y le pido perdón por mi avilantez); yo que, después de admirar la inspiración y el valer de las obras que usted toca y las que compone usted, sé que es el primer pianista, quiero decir, *le premier*; que tiene usted unas manos que valen lo menos seis, y que desde el otro mundo le oyen y aplauden con fe las sombras de Bach y Thalberg y de Mozart y Chopin, y entre los vivos Arriola, ese admirable *bebé*, que empieza siendo un prodigio lo mismo que empezó usted; declaro aquí el gran *suceso* que de hijo va á tener cuando se aprecie en Madrid el gusto y la brillantez del maestro que viene á darnos su mérito á conocer.... y excuso decir lo mucho que de ello me alegraré.

Con que, á tocar sin descanso; haya aplausos á granel, y anticipado reciba el más cordial parabién, y un fuerte apretón de manos que.... no se las besa á usted,

RICARDO SEPÚLVEDA.

UNA CACERÍA DE CARLOS IV

I

Pocos Soberanos de Europa han demostrado una afición tan decidida á la caza como los Reyes de España. Las casas de Austria y de Borbón han tenido reyes excelentes cazadores, y hasta el rígido y severo Felipe II, cuando edificaba el Escorial, solía pasar muchos ratos cazando en los montes contiguos al edificio que había de ser con el tiempo una de las maravillas del mundo.

El Rey Felipe V, al fundar el Real Sitio de San Ildefonso, conocido con el nombre vulgar de la Granja, y trasladar á aquel delicioso sitio las copias de las magníficas fuentes de Versalles, tuvo dos ideas: la primera, como él solía decir, ser el Soberano que habitase más cerca del cielo, pues el palacio de San Ildefonso es la mansión de Soberano edificada á mayor altura sobre el nivel del mar; y la segunda, de tener un palacio precisamente en el centro de bosques abundantes encaza y que tanto le gustaban.

Cuando fué proclamado Carlos III Rey de España, su primer cuidado, apenas llegó de Nápoles, fué visitar el Pardo y los montes de Aranjuez y Riofrío; ordenó á su Montero mayor que estableciera un cuerpo de monteros y guardas, y que la veda se cumpliera con todo rigor, castigando con severísimas penas la menor infracción, tanto, que muchos infelices matuteros por cazar una perdiz ó un conejo en los montes del Pardo, ó una res en los de Riofrío, fueron por cinco ó seis años al presidio de Ceuta; pero si Carlos III había tenido afición á la caza, casi se puede asegurar que su hijo Carlos IV le superó, y de tal manera que descuidando por completo el gobierno del Estado, lo entregó á sus favoritos para poder dedicarse con más desahogo á su ejercicio favorito: la caza.

Queriendo repoblar este Monarca los montes de Riofrío, dió orden á su Montero mayor para que durante



un período de seis años nadie cazase ni pudiera molestar en lo más mínimo á las reses que se crían en aquellos bosques.

Esta orden favoreció su multiplicación de tal manera, que se veía llegar á las puertas de Segovia á los ciervos, paletos y venados en grandes manadas, y hasta llegaron á destruir las huertas y cosechas de los alrededores de la ciudad.

Diferentes veces los labradores habían elevado al Corregidor sus quejas; empero éste, cumpliendo las órdenes del Rey, había prohibido bajo las más rigurosas penas que se inquietase ni molestase en lo más mínimo á las reses, y se había contentado con oficiar al Mayordomo mayor de palacio y al Montero y Ballestero mayor dándole cuenta de lo que sucedía.

En una hermosa mañana del mes de Abril del año de 1792 hallábase el Rey Carlos IV paseando con su favorito Godoy por delante del palacio de San Ildefonso, adonde la Corte estaba de jornada. Diríjense hablando el Rey y el favorito seguidos de los cortesanos hacia la fuente de la Fama, cuando apareció el Corregidor de Segovia, acompañado del Conde de Colomera, Inspector general de Artillería, y del Rdo. Prior de la Cartuja del Paular.

—¿Qué hay, Corregidor?—dijo el Rey al ver acercarse á éste.

—Señor—contestó el Corregidor,—de hace ocho días á esta parte he recibido innumerables quejas de los hortelanos y labradores que tienen tierras y huertas en los alrededores de la ciudad y que lindan con los cotos reservados de V. M.

—¿Y de qué se quejan los hortelanos?

—Se quejan, señor, de que los venados, paletos, ciervos y jabalíes se han multiplicado de tal manera, que les destruyen las huertas y las cosechas, pues en bandadas de veinte y treinta penetran en las huertas y en los sembrados y lo destruyen todo.

—Señor; es tan cierto lo que dice el Corregidor—añadió el Rdo. Prior—que yo venía á suplicar á Vuestra Majestad me autorizase para armar á mis legos con arcabuces y espantar las manadas de venados y ciervos que hace cuatro noches nos invaden la huerta y casi nos la han destruído.

—Padre Prior—contestó el Rey,—yo os libraré de esos importunos huéspedes. Manuel—añadió el Monarca—llamad al Montero mayor. Pero viendo al Conde de Colomera que hasta entonces no había dicho una palabra, dijo:

—No te molestes, Manuel, tengo una idea: arreglaré el asunto con el Conde.

—Señor—dijo el Conde;—estoy á las órdenes de Vuestra Majestad.

—Conde, hace dos días me has manifestado que deseabas visitarse el Colegio de Artillería, que, como Inspector del Arma, se puede decir has fundado; voy á complacerte.

Vuestra Majestad—contestó el Conde de Colomera—puede señalarme el día y la hora, y creo tendrá una gran satisfacción al ver el brillante plantel de jóvenes Oficiales que con el tiempo serán la honra y el orgullo del Arma; V. M. verá la precisión con que maniobran y la certeza de sus tiros.

—Está bien, Conde; ¿cuántos cañones tiene el Colegio?

—Señor, tiene una pequeña batería rodada, á más de los que existen en el patio del Colegio de grandes dimensiones, para los ejercicios y pruebas.

—Pues bien; mañana haz que á las tres de la mañana estén preparados primero los alumnos para la cacería, y después para la revista.

—Pues qué, ¿piensa V. M. cazar con los cadetes de Artillería?—dijo Godoy.

—Manuel, yo tengo mi idea. ¿No dice el Corregidor que se quejan los hortelanos y los labradores de que las reses son tan numerosas que les destruyen sus huertas y sembrados? El Padre Prior ¿no ha venido también á exponer su queja de que las reses han invadido la huerta de su convento, privándoles en una noche de las ricas legumbres que cultivan?

—Verdad es, señor, pero.....

—Como comprendes, Manuel, es necesario escarmentar las reses; no puedo autorizar al Prior á que

arme sus legos con arcabuces, pues los hábitos no armonizan bien con las armas; pero no es justo que los monjes se queden sin sus legumbres: así es que pienso hacer una cacería como no haya habido ejemplo. ¿Me comprendes.

—Señor; V. M. me dispense; pero no comprendo cuál es su idea.

—Pues mi idea es bien sencilla: pienso limpiar al país de la plaga de ciervos, venados, paletos y jabalíes que le asolan.

—Pero para eso—añadió Godoy—habría que emplear la artillería.

Todos los concurrentes al oír á Godoy lanzaron una carcajada.

—¡Cazar con artillería!—dijo el Prior—asombrado.

—Sí, Rdo. Padre—añadió el Rey;—eso que tanta risa os causa, no es la primera vez que yo lo he hecho; pues en 1783 lo hizo mi padre en las inmediaciones de Aranjuez, y me acuerdo que se mataron más de dos mil reses pues se hicieron los disparos con metralla: por eso, Conde de Colomera, á imitación de la cacería que mi padre hizo en Aranjuez, te ordené que estuvieran preparados mañana los alumnos, pues pienso cazar con sus piezas de artillería.

—Magnífica idea—dijo Godoy;—una batería debe colocarse en las Huesas.

—No, Manuel, no digas disparates: ¿no ves que para eso sería necesario cercar todo el cerro para matar las reses sobre un punto, y que entonces la artillería no podría jugar sin riesgo para los ojeadores?

—Vuestra Majestad tiene razón—dijo Godoy, encantado de haber proporcionado al Rey un medio fácil de demostrar su sagacidad y talento.

—Es preciso—continuó el Rey—que la batida se dirija sobre el desfiladero que forman por un lado las tapias del lavadero de D. Frutos Alvaro, y por el otro el bosque de las Cabras; sobre las dos eminencias que se elevan desde allí se colocarán dos baterías, cuyos fuegos se dirigirán á la llanura que se extiende á la derecha del Eresma. Me parece, Conde de Colomera, que habrás comprendido perfectamente mi idea.

—Mañana, á la hora que V. M. ha marcado, estarán colocadas las baterías servidas por los alumnos.

—Está bien, Conde; verás qué hermosa cacería.

—¿Qué piensa hacer V. M. de las reses?—dijo Godoy—pues creo que mataremos un número crecido de ellas.

—Las reses que se maten—contestó el Rey—se repartirán entre los labradores y hortelanos perjudicados, los Padres del convento y los pobres de Segovia y la tropa que haga el oficio de ojeadores.

—Vuestra Majestad se olvida de los cadetes.

—No, Conde de Colomera; los cadetes, como comprendes, tendrán la mejor parte.

—Pocos Soberanos como V. M.—dijo Godoy—habrá en el mundo que conviertan sus placeres en otras tantas buenas acciones.

—Cállate, adulator—respondió el Rey;—ahora marcha cada cual á su puesto, para arreglar la cacería de mañana.

EL CONDE DE FABRAQUER.

FIEBRE QUE MATA

*Por la gloria de mi madre
te juro, que como yo
no puede quererte nadie.
(Cantar popular.)*

Sé que mi empeño es absurdo;
sé que me fatigo en balde
en el fondo de tu pecho
queriendo grabar mi imagen.
Duro el acero, el artista,
de su dureza no obstante,
graba en él, en él dejando
honda huella inalterable.
¿Quién graba, en cambio, quién huella
logra dejar en el aire
que á todo impulso obediente,
se cierra conforme se abre?

Sé, pues, que en vano pretendo
que como te amo, me ames;
sé que el amor del espíritu
en tu corazón no cabe;
y sin embargo, sabiéndolo,
*por la gloria de mi madre
te juro, que como yo
no puede quererte nadie.*

Nadie. Yo sé que es tu pecho
terso espejo, que inmutable
aquel objeto refleja
que de sí tiene delante;
mas sé también que en su fondo
de tan múltiples imágenes
ni hay nada, ni nada queda
el objeto al apartarse.
Sé que es tu cuerpo sin alma
hermoso montón de carne,
que el deseo galvaniza
por intervalos fugaces;
sé que un ídolo de barro
loco adoro al adorarte,
y que en vano el barro inmundo
pretendo trocar en ángel;
sé todo esto, y sin embargo,
*por la gloria de mi madre
te juro, que como yo
no puede quererte nadie.*

Nadie. ¿Quién que te conozca
podrá, como te amo, amarte?
Yo te amo indigna; yo te amo
abyecta, vil, despreciable;
yo miro y toco tu infamia,
y aun más que tú misma, infame,
amor y odio, en vez de náuseas
siento, insensato, al mirarte.
Amor y odio: amor sin límites,
odio feroz, implacable;
odio á muerte; y sin embargo,
aunque iracundo te ultraje,
aunque con horrenda saña
tu torpe seno desgarré;
aunque con furor insano
te tienda á mis pies cadáver
y me goce en tu agonía,
*por la gloria de mi madre
te juro, que como yo
no puede quererte nadie.*

MARIANO VALLEJO.

EL CONCURSO DE "GENTE VIEJA,"

Hoy termina el plazo para la admisión de artículos para nuestro Concurso.

El Jurado, compuesto de los Sres. D. Benito Pérez Galdós, D. Manuel del Palacio y D. Jacinto Benavente, comenzará sus trabajos, y en el número de GENTE VIEJA correspondiente al 30 del actual se publicará su fallo é inmediatamente el artículo premiado.

Después de la publicación, los señores concursantes que deseen recoger sus trabajos pueden presentarse en nuestras oficinas ó escribirnos para que se les remitan certificados los pliegos que con arreglo á nuestras bases tenemos obligación de devolver.

MADRID.—Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús
Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.